

María Brey, humor, amor y bibliotecas

Inmaculada de la Fuente

Vivió rodeada de personajes singulares, pero no fue una figura secundaria. Discípula de Claudio Sánchez Albornoz, amiga de Manuel Azaña, colaboradora de María Moliner, esposa del bibliófilo Antonio Rodríguez-Moñino... María Brey Mariño (1910-1995) eligió vivir entre legajos y libros. Tía de Mariano Rajoy Brey, este parentesco y su condición de bibliotecaria leal a la Segunda República represaliada por el franquismo han contribuido a evocar y rescatar su figura. María Brey, sin embargo, era ya conocida entre bibliófilos y lexicógrafos. La antepasada de Rajoy forma parte de una generación de bibliotecarios que desempeñó su labor en un periodo histórico excepcional y vio cercenada su vida profesional con la victoria franquista, como María Moliner o Juan Vicéns de la Llave, entre otros. Su marido, Antonio Rodríguez-Moñino, fue detenido en los primeros días de la victoria franquista con graves acusaciones que le abocaban a un consejo de guerra.

El vendaval de la guerra civil y la injusticia de ser sancionada y postergada tras la derrota republicana, acabó con parte de sus primeras ilusiones, pero no con su determinación. Como escribió desde su destierro de Huelva a la madre de su marido en 1942, él y ella estaban acostumbrados «a recibir

batacazos» y «ver perderse injustamente años de trabajo», pero se mostraba resuelta y confiada en que la situación de él se arreglaría. Al tratarse de una carta familiar, encabezada con un «Querida madre», escribe sin rodeos: «Vosotros, usted y yo, la familia y el mismo Antonio sabemos perfectamente la honradez y rectitud de su conducta, por lo tanto lo demás nos importa un bledo». En la carta (recogida en la biografía sobre Antonio Rodríguez-Moñino escrita por su sobrino Rafael y publicada en Beturia Ediciones), Brey tranquiliza a su suegra asegurándole que la pérdida de la plaza de catedrático y las acusaciones vertidas contra él no mermarán su valía ni le cerrarán puertas para salir adelante. «... lo único que hay que pensar, pero con calma y sin precipitaciones, es en poder arreglar nuestra vida juntos, con la completa seguridad de que lo conseguiremos. Todo lo demás no merece ni un bostezo. Por aquí sigo como siempre, trabajando, pero más descansada porque además del ordenanza me han mandado un auxiliar. Estoy en grande. Como mucho y estoy tomando dos medicinas...» Finalmente resume: «Creo que estará usted de acuerdo conmigo en todo lo que le digo: nada de lamentaciones ni de disgustos».



Gallega de Puebla de Trives (Orense) e hija de juez, María Brey estudió el bachillerato en Bilbao con brillantez y Filosofía y Letras en la Universidad Central, situada entonces en el viejo caserón madrileño de la calle San Bernardo. La Junta de Ampliación de Estudios le concedió una beca en el Centro de Estudios Históricos, lo que le permitió establecer contacto no solo con su maestro Sánchez-Albornoz, sino con figuras de la talla de Ramón Menéndez Pidal, Manuel Gómez Moreno, Américo Castro o Tomás Navarro Tomás. Con este bagaje intelectual dirigió su afán profesional hacia el Cuerpo de Archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, en el que ingresó por oposición en 1931.

Su primer destino la llevó a Santiago de Compostela, pero logró regresar a Madrid y ser trasladada a la Biblioteca de la presidencia del Consejo de Ministros. En este salto a la capital no fue ajeno su padre, magistrado de la Audiencia Territorial y con una prometedor carrera. Desde su nuevo empleo Brey tuvo ocasión de tratar con Manuel Azaña y este le confió su interés en proseguir sus investigaciones sobre Juan Valera, de quien había publicado ya un estudio en 1926. Azaña confiaba en que Brey, bibliotecaria concienzuda, le pusiera al tanto de cualquier novedad editorial sobre Valera.

Pero el golpe militar de 1936 y el comienzo de la guerra civil, imprimieron un giro radical a su carrera y a su vida. Brey era consciente de que el tiempo vivido antes de la guerra fue de mucha más calidad que el que le quedaba por vivir. No en vano formaba parte de una generación que había aprovechado a fondo las oportunidades que ofrecía la Segunda República en el terreno cultural y que se sentía identificada con su planteamiento reformista.

Iniciada la contienda, a Brey y a otras facultativas reconocidas como Matilde Serrano, Asunción Martínez-Barra y Consuelo Vaca se les encomendó la tarea de preservar los tesoros bibliográficos de la capital de España. Las llamaban «las señoritas» y estaban al servicio de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico. Las coordinaba el bibliófilo Antonio Rodríguez-Moñino, vocal de la Junta, y su labor adquirió una gran complejidad conforme la contienda avanzaba y el Gobierno no lograba sofocar el golpe ni parar la lucha fratricida. Se trataba de trasladar y resguardar en la Biblioteca Nacional los incunables y obras de valor de todas las bibliotecas públicas y privadas madrileñas, lo que les daba un amplio margen de maniobra. Su actuación era plenamente profesional, ya que eran concedores del valor de un patrimonio que había que salvar de los bombardeos franquistas. Sin embargo, el hecho de que tuvieran que hacerse cargo de bibliote-

cas particulares, incluidas las de los conventos y las de palacetes de personalidades de relieve huidas o afectas a los rebeldes, les creaba no pocos conflictos. Al mismo tiempo tenían que hacer valer su autoridad ante los comités de revolucionarios y evitar que se hicieran cargo de estos tesoros o que no los respetaran. Su tarea era imprescindible, pero ingrata.

El traslado del Gobierno a Valencia en noviembre de 1936 en previsión de que las tropas franquistas penetraran en Madrid propició que otros muchos funcionarios llegaran a la ciudad del Turia. María Brey fue destinada inicialmente a la Casa de la Cultura presidida por Antonio Machado, y poco después se le encargó que colaborara como bibliotecaria con María Moliner, responsable de la Oficina de Adquisición de Libros y Cambio Internacional.

Eran muchos los amigos y conocidos de María Brey que estaban entonces en Valencia (además de su propio padre, que se había trasladado con ella). Consuelo Vaca, otra de las *señoritas* madrileñas al servicio de la Junta de Incautación, había sido destinada a la Biblioteca Universitaria a las órdenes, también, de la atareada María Moliner. Y a Valencia llegó Antonio Rodríguez-Moñino, prometido de María Brey, con quien pronto iniciaría los preparativos de boda.

Amante de la tertulia y la conversación, Rodríguez-Moñino impulsó reuniones de este tipo en la calle de las Barcas y en los alrededores de la plaza de Castelar (hoy del País Valenciano). Muchos de los intelectuales afincados en Valencia o de paso en la ciudad del Turia, como Timoteo Pérez Rubio, Rosa Chacel, Dámaso Alonso, Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, solían acudir a estas tertulias que representaban una isla de sensatez y libertad intelectual en medio de una sociedad forzada a dirimir sus conflictos de forma bárbara.

La amistad entre María Moliner y María Brey fue estrecha en ese periodo. Al igual que la futura autora del *Diccionario del uso del español*, Brey tenía agallas: pensaba que la guerra no debía interrumpir su labor, y que fuera cual fuera el final de la contienda, su misión era que los españoles encontraran consuelo y deleite en los libros. Es probable que María Brey y Rodríguez-Moñino sopesaran las ventajas de esperar a casarse en tiempo de paz, pero como esa posibilidad era aún incierta contrajeron matrimonio a primeros de 1939. La ceremonia religiosa, casi clandestina, se celebró el 26 de enero de 1939 en el Depósito de Adquisición de Libros (situado en la Escuela de Artesanos). Les casó el sacerdote y latinista aragonés Vicente Blanco, y Moliner actuó como madrina y testigo. Con unos días de diferencia se efectuó también el matrimonio civil.

Al optar libremente por el matrimonio religioso, Brey demostró que ser republicana no implicaba necesariamente ser descreída o agnóstica. Cada cosa tenía su lugar y su porqué en su vida. Pero como era previsible, al final de la contienda civil, la maquinaria depurativa alcanzó a la funcionaria María Brey. Miguel Gómez del Campillo fue el encargado de juzgar qué archiveros y bibliotecarios eran adictos al Régimen y podían continuar o ascender en sus puestos y cuáles, por el contrario, tenían que ser sancionados o expulsados. Acusada de roja, el adjetivo comodín que permitía a los jueces depuradores sancionar sin género de dudas, y de mantener amistades íntimas con rojos, redundancia destinada a subrayar su peligrosidad, Brey fue desterrada de forma forzosa a Huelva con el 50 por ciento de su sueldo. La sanción implicaba la prohibición de solicitar puestos vacantes mientras durase el destierro y ser postergada durante cinco años en el escalafón. De hecho, el juez instructor consideró incluso que se la debería apartar definitivamente del Cuerpo por haber pertenecido a UGT desde su fundación, y al STABYM (Sindicato de Trabajadores en Archivos, Bibliotecas y Museos), una afiliación que era obligatoria en la práctica. Su marido, Antonio Rodríguez-Moñino, se encontró ante una situación aún más delicada. La mayoría de los cargos que pesaban contra él se basaban en su paso por la Junta de Incautación del Tesoro Artístico y determinadas acusaciones sobre el supuesto uso y destino de algunas de las piezas rescatadas.

La bibliotecaria logró acortar su destierro onubense en 1943, al incorporarse como interina a la biblioteca de las Cortes. Pero el regreso a Madrid no significaba el fin de sus problemas administrativos, ya que continuaba sancionada y sin derecho a plaza propia.

Su marido proseguía también su travesía del destierro administrativa y judicial. Una vez libre, dio clases en Huelva un tiempo como interino para estar cerca de su esposa, pero no fue repuesto en su cátedra y orientó su trabajo al ámbito privado. Sus estrechos contactos en el mundo académico dieron sus frutos y en unos años recuperó el terreno perdido. En Madrid, María Brey y Rodríguez-Moñino comenzaron a trabajar en la Fundación Lázaro Galdiano, él como conservador y ella como archivera. Al proceder de la misma esfera profesional, unieron fuerzas para trabajar juntos.

Al mismo tiempo Brey retomó la investigación literaria, escribió varios cuentos y se lanzó a la traducción. Parte de esta actividad la canalizó a través de la colección *Odres Nuevos*, en la editorial Castalia. Dentro de la misma editorial Rodríguez-Moñino dirigía *Clásicos Castalia*.

La casa del matrimonio, situada en la calle Núñez de Arce de Madrid, se convirtió en un foco de encuentros

con escritores y estudiosos, prolongación de las tertulias que Rodríguez-Moñino creó primero en el café Gijón, y luego en el Lyón. Por si fuera poco, Rodríguez-Moñino impulsó en los años cincuenta *Revista Española*, donde los escritores de los cincuenta (Sánchez-Ferlosio, Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández-Santos o Josefina Aldecoa) publicaron sus primeros relatos. Lástima que *Revista Española* no pudiera sobrevivir más allá de los seis primeros números, cerrando con ella el único espacio que existía entonces para los jóvenes narradores.

En 1961, las trabas legales para desarrollar sus respectivas carreras persistían y la pareja se exilió voluntariamente durante un tiempo a Nueva York a fin de trabajar para la *Spanic Society of America*. La labor era ingente y Brey se ocupó de elaborar el catálogo de los manuscritos poéticos españoles de los siglos XV, XVI y XVII. En el mismo periodo Rodríguez-Moñino impartía clases en la Universidad de Berkeley, resarciéndose así de su apartamiento de la docencia en España.

Los sinsabores administrativos padecidos no alteraron el acusado humor de María Brey. Solo se hizo algo más cáustico. Esta ironía estalla de forma espontánea en la correspondencia que mantuvo con su marido durante los meses que transcurrieron entre la marcha de él a Estados Unidos y la posterior partida de ella para reunirse con él. Ya en los encabezamientos se dirige a él como «Querido conquistador de las Américas» o bien como «Querido Antonio, profesor insigne», o «Querido Anthony» y «Querido husband», una vez que se había establecido allí. E incluso se apropia del sobrenombre que Rodríguez-Moñino utilizaba para referirse a ella y se dirige así a él: «Mariquilla corretornos informa». Cada una la empezaba de forma distinta, lo que da fe de su ingenio. En estas cartas detalla su vida madrileña, y tras reconocer en una de las primeras que Gloria, la empleada que cuidaba de ella y de la casa, «me tiene entre algodones», cita luego a la gata, *Li-Ma*, de raza siamesa: «Te manda sus mayidos afectuosos».

En otra carta le explica que se va a comprar «seis pares de alpargatas vascas del 42 para recorrer América contigo *bras dessus, bras dessus*», es decir, 'cogidos del brazo'. Rodríguez-Moñino, por su parte, expresó en una de sus cartas el efecto que le producía leer las de ella: «Tu carta, como todo lo que escribes, perfecta. ¡Qué lastima que no escribas más!».

En el viaje americano, además de la necesidad de respirar aires nuevos, flotaba el trasfondo del «veto» ministerial sufrido por Rodríguez-Moñino para entrar en la Real Academia Española. Varios académicos, entre ellos su gran amigo Camilo José Cela, propusieron ya su candidatura en 1959, pero al no existir suficiente consenso, se

pospuso a 1960: la muerte de Gregorio Marañón dejaba libre de nuevo un sillón en la docta casa. Rodríguez-Moñino tenía en esta ocasión muchas más bazas a su favor, pero el ministro de Educación, Jesús Rubio, hizo saber de forma velada, su oposición a que fuera elegido. Todavía coleaban contra Rodríguez-Moñino las acusaciones que le hacían responsable de la desaparición del Monetario del Museo Arqueológico Nacional en 1936. En teoría, la RAE no aceptaba intromisiones, pero tampoco podía ignorar los deseos del ministro franquista, por lo que la candidatura de Rodríguez-Moñino fue retirada. Fue el detonante que aceleró su marcha a Estados Unidos.

Finalmente, Rodríguez-Moñino fue elegido académico de la RAE en 1966. María Brey y su marido recibieron el telegrama de Cela anunciándole a él su nueva condición de académico electo a la vuelta de unos días de vacaciones en Reno. Esta vez ni siquiera había tenido que hacer campaña, al recoger lo ya sembrado. En una inmediata carta de Rodríguez-Moñino a Cela, agradeciéndole su buen hacer, Brey añadió una posdata: «Aunque Iria Flavia no tiene, como es sabido, la importancia que Puebla de Trives-Orense, produce sin embargo cosas bastante buenas, aparte los pimentinos. Gracias, amigo».

Este reconocimiento propició de algún modo el fin de la etapa estadounidense y el regreso del matrimonio a Madrid. A su vuelta, Brey se incorporó a sus anteriores ocupaciones. Antes de marcharse a Estados Unidos había conseguido una excedencia temporal en la Fundación Lázaro Galdiano. Para conservar también su empleo en la biblioteca de las Cortes había pedido permiso oficial tanto en su lugar de trabajo como en Huelva, donde seguía estando radicada de forma oficial.

Como editora, continuó su labor en Odres Nuevos. Antes de marcharse a Estados Unidos ya se había publicado su versión en castellano moderno del *Libro del Buen Amor*, primer título de la colección que dirigía. El exigente crítico José Fernández Montesinos elogió su estilo literario en una reseña que le dedicó en *Nueva Revista de Filología Hispánica*. Aunque de algún modo, Brey continuó desde Estados Unidos su labor al frente de Odres Nuevos, una vez en Madrid, pudo prestarle más dedicación. Ella misma se encargó directamente de actualizar el *Lapidario* de Alfonso X el Sabio, el décimo título de la colección. De su minuciosidad como editora y lectora da fe Ramón Carande al agradecerle su colaboración en la corrección de las numerosas erratas de *Galería de raros*.

Brey y su marido se instalaron de nuevo en Madrid al final de la década de los años sesenta. Poco después se

mudaron al número 1 de la calle de San Justo, en pleno centro. Rodríguez-Moñino leyó su discurso de ingreso a la RAE en 1968. Por aquel tiempo empezó a encontrarse enfermo y falleció en 1970. Atrás habían quedado las incomprendimientos sufridas en la inmediata posguerra, cuando hubo de «tirar por la calle de en medio y buscarse el pan por todos los caminos honestos», como le confesó a Manuel Núñez de Arenas en una carta de 14 de octubre de 1952. La muerte le impidió ordenar los fondos bibliográficos, colecciones y documentos que había reunido en su casa de San Justo, una tarea que llevó a cabo finalmente María Brey. El objetivo era preservar aquel mundo formado estantería a estantería por miles de libros, tesoros bibliográficos y primeras ediciones.

En los últimos años de vida María Brey abrió la puerta de su casa a estudiantes de doctorado o hispanistas que solicitaban permiso para consultar sus valiosos fondos. Brey anotaba en un cuaderno el nombre de los visitantes y las materias que consultaban. Por su domicilio pasaron José Manuel Blecua o Marcel Bataillon entre otros. Algunos especialistas consideraban que se trataba de la mayor biblioteca privada española. Doña María, como la llamaban los investigadores, mantuvo en su domicilio una tertulia a la que asistían amigos y allegados, entre ellos su prima Rosario Brey. El escenario no podía ser más propicio para la conversación y el intercambio de ideas.

Unos años antes de su muerte, en 1995, la vital María Brey redujo su actividad. La dolencia crónica ósea que padecía no fue ajena a la necesidad de recogerse en su domicilio y espaciar las salidas. Pero no perdió su curiosidad: era bastante amplia y además de estudiar a los clásicos, siempre le había divertido leer novela policiaca. Entre sus lecturas no faltaba el *Alfabeto del crimen* de Sue Grafton.

Tras su muerte, los más de 17 000 volúmenes guardados en su domicilio, a excepción de un conjunto de obras destinadas a la biblioteca pública de Cáceres, fueron legados a la Real Academia Española. En este legado hay, además de manuscritos y obras raras, grabados de Durero y Goya y centenares de dibujos más una interesante correspondencia y diversos documentos y obras literarias de ambos cónyuges. De María Brey se conservan relatos de diferentes épocas de su vida, algunos de ellos protagonizados por felinos, así como poemas de carácter jocoso dedicados a amigos o a personajes de ficción.

En la vida de María Brey la ficción y la realidad se fundieron sin problemas, al igual que el humor y la laboriosidad. ■ ■